



Jornada Mundial de oración por las vocaciones 2019

La llamada del Señor nos hace portadores de una promesa y, al mismo tiempo, nos pide la valentía de arriesgarnos con él y por él

Dos parejas de hermanos –Simón y Andrés junto a Santiago y Juan–, están haciendo su trabajo diario como pescadores. En este trabajo arduo aprendieron las leyes de la naturaleza y, a veces, tuvieron que desafiarlas cuando los vientos eran contrarios y las olas sacudían las barcas. En ciertos días, la pesca abundante recompensaba el duro esfuerzo, pero otras veces, el trabajo de toda una noche no era suficiente para llenar las redes y regresaban a la orilla cansados y decepcionados. Estas son las situaciones ordinarias de la vida, en las que cada uno de nosotros ha de confrontarse con los deseos que lleva en su corazón, se esfuerza en actividades que confía en que sean fructíferas, avanza en el “mar” de muchas posibilidades en busca de la ruta adecuada que pueda satisfacer su sed de felicidad. A veces se obtiene una buena pesca, otras veces, en cambio, hay que armarse de valor para pilotar una barca golpeada por las olas, o hay que lidiar con la frustración de verse con las redes vacías. Como en la historia de toda llamada, se produce un encuentro. Jesús camina, ve a esos pescadores y se acerca... experimentamos la sorpresa de un encuentro y, en aquel momento, percibimos la promesa de una alegría capaz de llenar nuestras vidas. Así, aquel día, junto al lago de Galilea, Jesús fue al encuentro de aquellos pescadores, rompiendo la «parálisis de la normalidad» (Homilía en la 22ª Jornada Mundial de la Vida Consagrada, 2 febrero 2018).

E inmediatamente les hizo una promesa: «Os haré pescadores de hombres» (Mc 1,17). La llamada del Señor, por tanto, no es una intromisión de Dios en nuestra libertad. Por el contrario, es la iniciativa amorosa con la que Dios viene a nuestro encuentro y nos invita a entrar en un gran proyecto, del que quiere que participemos, mostrándonos en el horizonte un mar más amplio y una pesca sobreabundante. El deseo de Dios es que nuestra vida no acabe siendo prisionera de lo obvio, que no

se vea arrastrada por la inercia de los hábitos diarios y no quede inerte frente a esas elecciones que podrían darle sentido. El Señor no quiere que nos resignemos a vivir la jornada pensando que, a fin de cuentas, no hay nada por lo que valga la pena comprometerse con pasión y extinguiendo la inquietud interna de buscar nuevas rutas para nuestra navegación. Si alguna vez nos hace experimentar una “pesca milagrosa”, es porque quiere que descubramos que cada uno de nosotros está llamado –de diferentes maneras–, a algo grande, y que la vida no debe quedar atrapada en las redes de lo absurdo y de lo que anestesia el corazón. En definitiva, la vocación es una invitación a no quedarnos en la orilla con las redes en la mano, sino a seguir a Jesús por el camino que ha pensado para nosotros, para nuestra felicidad y para el bien de los que nos rodean.



Abrazar esta promesa requiere el valor de arriesgarse a decidir.

Los primeros discípulos, sintiéndose llamados por él a participar en un sueño más grande, «inmediatamente dejaron sus redes y lo siguieron» (Mc 1,18). Esto significa que para seguir la llamada del Señor debemos implicarnos con todo nuestro ser y correr el riesgo de enfrentarnos a un desafío desconocido; debemos dejar todo lo que nos puede mantener amarrados a nuestra pequeña barca, impidiéndonos tomar una decisión definitiva; se nos pide esa audacia que nos impulse con fuerza a descubrir el proyecto que Dios tiene para nuestra vida. En definitiva, cuando estamos ante el vasto mar de la vocación, no podemos quedarnos a reparar nuestras redes, en la barca que nos da seguridad, sino que debemos fiarnos de la promesa del Señor. Me refiero sobre todo a la llamada a la vida cristiana, que todos recibimos con el bautismo y que nos recuerda que nuestra vida no es fruto del azar, sino el don de ser hijos amados por el Señor, reunidos en la gran familia de la Iglesia.... En ella crecemos y compartimos las celebraciones y sacramentos en comunidad. Dios nos convoca a cada uno de una manera personal. No seamos

sordos a la llamada del Señor. Si él nos llama por este camino, confiemos en Él. No se dejen contagiar por el miedo, que nos paraliza ante las altas cumbres que el Señor nos propone. Recuerden siempre que, a los que dejan las redes y la barca para seguir al Señor, él les promete la alegría de una vida nueva, que llena el corazón y anima el camino. **Se necesita una pastoral juvenil y vocacional que ayude al descubrimiento del plan de Dios, especialmente a través de la oración, la meditación de la Palabra de Dios, la adoración eucarística y el acompañamiento espiritual.** El ejemplo de María como joven que dijo “sí” para que se cumplan en ella las promesas de Dios, es un testimonio que acompaña nuestras experiencias de fe, ella tendría, sin dudas, una misión difícil, pero las dificultades no eran una razón para decir “no”. Seguro que tendría complicaciones, pero no serían las mismas complicaciones que se producen cuando la cobardía nos paraliza por no tener todo claro o asegurado de antemano» (Vigilia con los jóvenes, Panamá, 26 enero 2019). En esta Jornada, nos unimos en oración pidiéndole al Señor que nos descubra su proyecto de amor para nuestra vida y que nos dé el valor para arriesgarnos en el camino que él ha pensado para nosotros desde la eternidad.

Francisco.

(Mensaje del Papa en ocasión de la Jornada mundial de oración por las vocaciones a celebrarse el 12 de Mayo día del Buen Pastor- Vaticano, 31 de enero de 2019, Memoria de san Juan Bosco).

Nos tomamos unos minutos y nos preguntamos

Como comunidad y de manera personal:

- 1- *¿Cuál es la propuesta que les presentamos a los jóvenes para discernir su vocación?*
- 2- *¿Nos damos tiempo para rezar por las vocaciones?*
- 3- *¿De qué manera damos testimonio de nuestra vocación?*
- 4- *¿Tenemos disponibilidad para acompañarlos?*

Realizamos una oración de adoración para recordar nuestra llamada personal.

Para concluir rezamos la ORACIÓN POR LAS VOCACIONES DOMINICANAS.

Señor Jesús que nos enseñaste a pedir por todas nuestras necesidades, te rogamos por intercesión de nuestra madre María del Rosario y del bienaventurado Domingo que multipliques el número de religiosas y religiosos en nuestra Orden Dominicana.

Suscita en las familias y comunidades, jóvenes que anhelan entregar su vida para el anuncio del Evangelio y prepara su corazón para acoger la gracia de la vocación a la vida consagrada. A nosotras danos el don de la fe para poder acompañar y hacer crecer la respuesta a tu llamado y fortalece nuestro compromiso para ser testimonio creíble de tu seguimiento.

“Concédenos el aumento de vocaciones”

Para continuar el proyecto de justicia y paz de Elmina y Boisdron....

Para compartir la alegría del Evangelio y la fecundidad de la vida eclesial...

Para vivir en comunidad, estudiar y predicar...

Para contemplar y anunciar el Misterio de Dios...

Para experimentar la misericordia de Dios y su infinita bondad...

Para proclamar el nombre de Jesús que está sobre todo nombre...

Para vivir solidariamente con los más pobres...

Para vivir el don de la itinerancia hacia cualquier lugar para anunciar el evangelio del amor, de la fraternidad y la justicia...

Jesús, hermano nuestro, atiende nuestra súplica y bendícenos con nuevas vocaciones para alabar, bendecir y predicar.

Amén.